

El concepto de *amor* en Josef Pieper

The Concept of *Love* in Josef Pieper

Carlos Beltramo

Universidad de Navarra

Pamplona, España

cbeltramo@unav.es

 <https://orcid.org/0000-0001-8382-8134>

José Carlos Ortiz Muggenburg

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

Puebla de Zaragoza, México

josecarlos.ortiz@upaep.mx

 <https://orcid.org/0009-0001-8305-4156>

Resumen: Se analiza la idea de amor en el pensamiento de Josef Pieper, destacando algunos de sus elementos y su lugar entre las virtudes fundamentales. Sobre el amor se destacan claves fundamentales del acercamiento pieperiano: la complejidad idiomática en torno a la idea del amor en diferentes lenguas y épocas; los conceptos de afirmación y aprobación de la persona, tanto fenomenológica como existencial; el análisis de la relación entre ágape y eros, así como sus deformaciones en el pensamiento contemporáneo, y la relación que existe entre el movimiento amoroso indigente del hombre frente al movimiento de amor de parte de Dios.

Palabras clave: Amor, persona, aprobación de la persona, amor indigente, Eros, Ágape.

Abstract: The concept of love in Josef Pieper's thought is examined, highlighting its key elements and its position among the fundamental virtues. Fundamental keys to Pieper's approach to love are highlighted: the linguistic complexity surrounding the idea of love in different languages and eras; the concepts of affirmation and approval of the person, both phenomenological and existential; the analysis of the relationship between agape and eros, as well as their distortions in contemporary thought; and the relationship between man's love of need movement and God's movement of love.

Keywords: Love, person, person approval, love of need, Eros, Agape.

1. INTRODUCCIÓN

El amor es un tema central tanto para la filosofía como para muchas otras ciencias, algunas incluso alejadas del humanismo. Analizar cómo un filósofo aborda el tema del amor puede ser una buena manera de medir la profundidad y los elementos fundamentales de su pensamiento. Es el caso de Josef Pieper (1904-1997).

Pieper escribió específicamente sobre el amor en un opúsculo que forma parte de una serie de reflexiones publicadas entre 1934 y 1971 y escritas por él a instancias del editor Jakob Hegner. A partir de un primer monográfico sobre la virtud de la templanza que el joven Pieper le envió a Hegner, el editor le propuso que continuara escribiendo sobre las diferentes virtudes humanas hasta completar una colección de siete obras breves, tarea que desarrolló durante más de 35 años¹. En 1976, la editorial española Rialp unificó por primera vez estos escritos en un solo volumen que hoy se conoce como *Las Virtudes fundamentales*², un libro con unidad temática y, al mismo tiempo, una gran independencia de cada uno de sus capítulos. El del amor es el último capítulo, tanto por su ubicación en la obra general como por el momento en que fue escrito, por lo que constituye un producto maduro del pensamiento de Pieper.

El propio autor reconoció que no le resultó fácil escribir sobre el amor: “Me encontraba desanimado a empezar el tratado sobre el amor, el más difícil, y reservado de todos modos para el final”³. Incluso le contó a un amigo que había decidido no escribirlo. Felizmente, una circunstancia inesperada para él lo puso nuevamente sobre el tema, esta vez de manera definitiva: entre 1968 y 1969, una serie de coloquios en la universidad incluyó, durante dos semestres y por votación de los propios estudiantes, el tema del amor. El entusiasmo de sus alumnos por escucharlo hablar de esta cuestión fue la motivación definitiva. Pero su resistencia ante el tema se mantuvo hasta el final: incluso llegó a rehacer un manuscrito ya terminado para la imprenta porque no estaba satisfecho. De este modo, el capítulo

¹ Cf. Josef PIEPER, *Escritos autobiográficos*, Madrid, Cristiandad, 2023.

² Cf. Josef PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 13ª ed., Madrid, Rialp, 2022.

³ PIEPER, *Escritos autobiográficos*, 100.

del amor, el punto final de sus reflexiones sobre las virtudes fundamentales, estuvo listo recién en el verano de 1971 y fue publicado en alemán en 1972⁴.

2. LÍNEAS GENERALES DEL PENSAMIENTO DE JOSEF PIEPER

Para ubicar las coordenadas de las reflexiones de Pieper sobre el amor, es necesario identificar algunos aspectos generales de su obra y de su pensamiento. Lo primero que se puede y debe decir es que Pieper fue un apasionado de la filosofía en la que se embarcó, entre otras cosas, mediante una relectura de Tomás de Aquino⁵. Su vasta producción —traducida a más de una decena de idiomas— explora diversas realidades de la existencia humana. La suya es una propuesta a la vez profunda y sencilla —simple, que no simplista—, que suele aterrizar en cuestiones muy cercanas a la vida cotidiana. Para Jean Lauand, amigo del autor y estudioso de su pensamiento, en los escritos pieperianos subyace el gran tema de la antropología filosófica y su método consiste en acceder a las verdades más radicales del ser humano “por caminos indirectos”⁶.

Rafael Alvira destaca otra nota fundamental de su pensamiento: “Pieper habla siempre de temas que nos afectan vitalmente, que los encontramos —los vivimos— en nuestra existencia diaria”⁷. Hay en los escritos pieperianos una “conexión entre el lenguaje vivo y posibilidad de ver a la realidad”⁸ que le permite al autor entrelazar grandes verdades con la cotidianidad. Su estudio sobre el amor pasará por este tamiz metodológico y filosófico.

⁴ Cf. Josef PIEPER, *Über die Liebe*, München, Kösel, 1972.

⁵ Cf. Josef PIEPER, *Introducción a Tomás de Aquino: doce lecciones*, Madrid, Rialp, 2005; Josef PIEPER, “Tomás de Aquino, un maestro para nuestro tiempo”, *Revista de Derecho Público* 41/42 (2016) 201-208, <https://doi.org/10.5354/0719-5249.1987.43669>.

⁶ Jean LAUAND, “Método y lenguaje en el pensamiento de Josef Pieper”, *Sapientia* 59/216 (2004) 433-453, aquí 437.

⁷ Rafael Alvira, “Sobre la edición de las «Obras» de Josef Pieper”, *Anuario Filosófico* 35 (2002) 223-227, aquí 227, <https://doi.org/10.15581/009.35.29472>.

⁸ LAUAND, “Método y lenguaje”, 450.

Otra nota singular de Pieper es su lenguaje vivo y dinámico que “resulta atrayente para el lector no avezado en materias especulativas, a la vez que manifiesta una estructura coherente de pensamiento no exenta de originalidad personal”⁹.

La forma de hacer filosofía de Pieper le permite rescatar lo sustancial ante un creciente vaciamiento, el *aburguesamiento*, las omisiones y/o la confusión de conceptos esenciales en muchos planteos filosóficos del siglo xx. Una primera lectura de cualquier asunto tratado por él puede parecer obvia e incluso carente de originalidad filosófica, precisamente porque no apela a la grandilocuencia. Pero no hay que dejarse engañar: detrás de esa sencillez se oculta una gran profundidad. Es un autor que entendió y vivió lo que Fernando Inciarte y Alejandro Llano llaman “metafísica mínima”, que no es más que la filosofía más elevada haciendo su trabajo como debe hacerlo, con pobreza y sencillez: “Conceptos que son nuestros conocimientos más próximos a la realidad: que no median la realidad, sino que nos la acercan”¹⁰.

3. EL AMOR Y LAS VIRTUDES

Pieper sitúa su reflexión sobre el amor en el marco de las virtudes. Es una decisión contrastante con algunos abordajes de la segunda mitad del siglo pasado, que tendían a situar este fenómeno en otras coordenadas, más o menos psicologistas o existenciales. Para él, el horizonte de la virtud es el lugar natural del amor, ya que “la virtud es el desarrollo supremo de las posibilidades del alma espiritual (*ultimum potentiae*), su realización”¹¹ y el amor es, precisamente, el eje de la realización del alma espiritual y, al mismo tiempo, su resultado.

Hay que recordar, como señala Schumacher, que durante la segunda mitad del siglo XX Pieper fue pionero en el rescate

⁹ Fernando MARTÍN DE BLASSI, “Vista de reflexiones en torno a Josef Pieper y la naturaleza del quehacer filosófico”, *Philosophia* 75 (2015) 105-133, aquí 107.

¹⁰ Fernando INCIARTE – Alejandro LLANO, *Metafísica tras el final de la metafísica*, Madrid, Cristiandad, 2007, 25.

¹¹ Andrea BLAŠČÍKOVÁ – Rastislav NEMEC, “The Question of Heroism and Heroic Virtue in the Philosophy of Education of Josef Pieper”, *Religions* 14/900 (2023) 8, <https://doi.org/10.3390/rel14070900>.

del estudio de las virtudes y de su importancia en la plenificación de la persona, incluso antes de que el tema se pusiera de moda, impulsado por autores como Alasdair MacIntyre. Por tanto, no es casual la unión indisoluble que el autor alemán estableció entre el amor y la virtud.

Otra clave fundamental es la contraposición entre la *theoria* y la *praxis*. Para Pieper, centrarse en la *theoria* es enfocarse, sobre todo, en la contemplación. En contrapartida, denuncia que la *praxis* —a la que define como pura acción— es una actitud que conduce a una frenética obsesión por hacer¹². Schumacher resume la manera en que Pieper imaginaba, pro-féticamente, un mundo centrado por completo en la *praxis*:

Ya no habrá entonces verdadera poesía, música, ocio, fiesta, ni filosofía bien entendida. El hombre de la *theoria* debe ser eliminado ya que su presencia recuerda que la totalidad de lo real no se reduce al tener y al hacer, que existe una apertura que trasciende a la *praxis*¹³.

En muchos pasajes Pieper deja claro que la apertura a todo aquello que trasciende la *praxis* es una condición necesaria para la vivencia auténtica del amor. No resulta sorprendente, entonces, que su diagnóstico de lo que sucede cuando la *praxis* desplaza totalmente a la *theoria* sea compatible con el que utiliza, por ejemplo, Byung-Chul Han al analizar la “agonía del eros”¹⁴. Para Pieper, “la actitud del hombre de la *praxis* pura es, en el fondo, el rechazo de una metafísica del don, de una verdadera apertura a lo otro, del amor verdadero y de la esperanza fundamental”¹⁵. Para B.-C. Han, el eros agonizante es el resultado de la imposibilidad del ser humano contemporáneo de encontrar y vivir el amor por haber borrado la dinámica de salida de uno mismo hacia la otra persona. Retomar el concepto que propone Pieper —un amor que se centre en la actitud de la *theoria*— es una de las posibles medicinas para los dramas del mundo contemporáneo que tan bien denuncia Han.

¹² Cf. Josef PIEPER, *El ocio y la vida intelectual*, Madrid, Rialp, 1998.

¹³ Bernard SCHUMACHER, *Una filosofía de la esperanza: Josef Pieper*, Pamplona, EUNSA, 2005, 27.

¹⁴ Cf. Byung-Chul HAN, *La agonía del Eros*, Barcelona, Herder, 2014.

¹⁵ SCHUMACHER, *Una filosofía*, 27.

4. EL AMOR PARA PIEPER: UN TEMA INCONMENSURABLE

En sus escritos, Pieper no oculta que analizar el amor le resulta complejo: “es un tema inconmensurable”¹⁶, reconoce. A pesar de esta sensación, aborda la cuestión en su complejidad, sin ceder a la tentación de simplificarla.

Así, comienza estableciendo que el amor, más que un tema, es todo un conjunto de significaciones en torno a una idea amplia subyacente. En otras palabras, no plantea la cuestión a partir de una sola definición, simple y unívoca, sino que acepta el desafío de la multiplicidad de significados.

4.1. La complejidad del concepto amor se ve en la (aparente) dispersión lingüística

La lengua es el primer campo en el que Pieper encuentra la compleja e inconmensurable realidad del amor. Las diferencias idiomáticas pueden verse como limitantes al intentar expresar de manera categórica qué es el amor. Pieper utiliza la aparente limitación de contar con tantos matices terminológicos como puerta de acceso inicial a la complejidad de la realidad del amor. Lo importante es no perder de vista que *palabras distintas* aportan *matices* que, lejos de confundir, permiten comprender mejor algún aspecto concreto de la realidad del amor. La clave está en buscar siempre el elemento común que mantiene a todos estos significados bajo el mismo paraguas.

Pieper analiza, en algunos casos de manera aguda, los peligros de cambios de sentido, de estrechamientos de significación o de desgaste de las palabras. Pero encuadra claramente su intención: “no se trata de aclarar si el conjunto de vocablos de que se puede echar mano es pobre o rico; lo que importa es que uno se dé cuenta, en la mayor medida posible, de la complejidad del fenómeno que llamamos «amor»”¹⁷. No se trata de una tarea academicista o teórica: la variedad de vocablos relacionados ayuda a expresar la amplitud del amor humano y su calidad personal y espiritual.

¹⁶ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 492.

¹⁷ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 498.

El propio Pieper hace un recuento de una larga lista de palabras sobre el amor en diferentes lenguas y épocas. Repasa el *latín*, por ejemplo, distinguiendo entre *amor*, *caritas*, *pietas*, *dilectio*, *affectio* y *studium*. En el caso del griego, destacan *eros*, *phília*, *storgé* y *ágape*, términos que crearon categorías de la experiencia del amor que mantienen vigencia hasta nuestros días¹⁸. En relación con el francés y el inglés, anota referencias latinas en palabras como *chanté*, *charity*, *affection*, *to like*, *to love*. En alemán son *zúchen*, *liebe*, y en ruso, *любовь* y *благост*.

Este recorrido no es un esfuerzo meramente descriptivo de una variedad inconexa de significaciones. En el fondo, Pieper busca establecer aquello que está presente en todas las formas de decir *amor*. Así, llega a un resumen, una comprensión transversal de la palabra amor que conecta con muchas y muy variadas situaciones humanas.

[El amor es] algo que nosotros mismos “verificamos” como sujetos activos, (...) algo que nos sobreviene y de nosotros se apodera como un hechizo, (...) conmoción que tiende a poseer y gozar, (...), actitud de entrega y donación que se olvida de sí misma, “que no busca las cosas propias”; (...) inclinación que puede buscar a Dios, pero también a otras personas (al amigo, a la amada, al hijo, o incluso al desconocido que necesita nuestra ayuda), como también los múltiples y heterogéneos bienes de la vida (deporte, ciencia, vino y canto)¹⁹.

4.2. El amor es *aprobación y afirmación de la persona*

Frente a una variedad tan amplia de significados, Pieper encuentra uno central que él engloba en una palabra: *aprobación*.

En todos los casos imaginables del amor, amar quiere decir aprobar. (...) Amar algo o a alguna persona significa dar por “bueno”, llamar “bueno” a ese algo o a ese alguien. Ponerse de cara a él y decirle: “Es bueno que existas, es bueno que estés en el mundo”²⁰.

¹⁸ Cf. John Alan LEE, *Colours of Love: An Exploration of the Ways of Loving*, New York, A Bantam Book, 1976.

¹⁹ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 513.

²⁰ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 514.

Aprobar es estar de acuerdo, asentir; es la afirmación de un deseo realizado, de una glorificación. No se trata de una aprobación discursiva, reducida al mundo de las palabras: “el amor es un acto de la voluntad, el acto por excelencia”²¹. De este modo, el amor expresa, mediante las palabras y las acciones de una persona, la bondad de la existencia del otro. Un sujeto humano se sorprende, se entusiasma y se conmueve ante el hecho de que el otro exista y concibe esa existencia como algo muy bueno. El que ama comunica al amado una forma de expresar un acto de querer que reafirma la existencia incondicional del otro: “yo *quiero* que existas”.

Amar es, entonces, una forma de mover la voluntad para reclamar algo —querer, desear, anhelar— en favor de la existencia del otro. “Sólo el amor subraya nuestra existencia, sólo el amor justifica nuestra existencia, sólo el amor conoce a fondo el sentido de nuestra existencia”²². La aprobación, al ir más allá de las palabras, involucra a la totalidad de un sujeto que es persona humana.

Pieper encuentra el amor como aprobación en muchos grandes pensadores que han abordado el tema, como Santo Tomás, Vladimir Soloviev, Maurice Blondel, Gabriel Marcel, José Ortega y Gasset, entre otros.

De Ortega y Gasset destaca una nota característica que lleva el movimiento del amor a una dimensión cósmica: “Amar una cosa es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que dependa de uno, la posibilidad de un universo donde aquel objeto esté ausente”²³. Son dos realidades: el reconocer que el amor da sentido a todas las cosas y el moverse intencionadamente a que eso que es amado, exista siempre. Aplicado a las personas, Pieper pone en juego la profundidad poética de Gabriel Marcel, con una sentencia que termina de dar sentido

²¹ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 518.

²² Martín Miguel RUBIO ESTEBAN, *El amor en Joseph Pieper*, El Imparcial, 2015, <<https://www.elimparcial.es/noticia/152960/opinion/el-amor-en-joseph-pieper.html>> [consulta: 11 de noviembre de 2025].

²³ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, 16ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1966, 72.

a todo lo que el alemán pretende expresar sobre el amor: “Amar a una persona es decirle: tú no morirás”²⁴.

No es una expresión externa a sí mismo: el amante, al decir “*tú no morirás*”, lo hace al desear unirse a esa persona amada. Es decir, en el amor, yo tampoco moriré. Rashad Rehman señala que Pieper, así como Kierkegaard un siglo antes, ve en esta relación con la muerte una de las expresiones más altas en las que la fenomenología del amor resuelve las aparentes contradicciones entre la incertidumbre y la trascendencia.

Tanto para Kierkegaard como para Pieper, es inconcebible que no haya un sustento de nosotros mismos —por parte de Dios— después de nuestras respectivas muertes. La naturaleza del amor como don exige que el don no sea quitado. Si el don es quitado, podemos preguntarnos razonablemente si nos reuniremos con él de nuevo. [...] Por lo tanto, nuestra fenomenología del amor apunta más allá de la realidad empírica, en dos sentidos. En primer lugar, señala que *la fuente* del amor no se encuentra en este mundo; en segundo lugar, se refiere al poder *sustentador* del amor más allá de la muerte²⁵.

Solo es posible pensar esta superación de la lógica de la muerte si la persona se abre al encuentro con el otro con un impulso ardiente a salir de sí y a darse; se da cuenta de que es bueno que el otro exista y, por tanto, elige amarlo, y amarlo bien y en totalidad. Hay un momento de percepción —ver que el otro es bueno y maravilloso— y otro de querer de manera efectiva, aunque no automáticamente —la moción de una voluntad que se dispara en un movimiento que va más allá de las dimensiones biológica, pulsional o psicológica emocional—.

La experiencia del otro, la percepción de su ser, que nos lleva a apreciar que su existencia es buena y maravillosa, constituye el primer paso del amor. Es una connaturalidad

²⁴ Gabriel MARCEL, *El misterio del ser*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1953, 288.

²⁵ Rashad REHMAN, “Love as Divine Gift in Kierkegaard and Pieper: A Phenomenological Analysis”, *Midwest Journal of Undergraduate Research* 9 (2018) 105-131, aquí 126.

que trasciende las cualidades de esa persona, aunque estas podrían ser las primeras *razones del amor*. Pero el amor no se agota en ellas, porque lo que finalmente mueve al que ama es la persona del otro, de manera integral y esencial, en lo más profundo de sí. Es este núcleo, más allá de sus características, el que llama al amante a reconocerle y a decirle: “¡qué maravilla que tú existas!” y no “¡qué maravilla es que tú existas de determinada manera!”.

Pieper también detecta que *ver* a una cosa o a una persona como amable y *amarla* son movimientos distintos: no es lo mismo *ver* la bondad que *amar*. Aunque la visión del bien del otro es imprescindible para el proceso, amar no es una deducción lógica forzosa que brota de la actividad de la inteligencia. Entre la inteligencia y el amor está la espontaneidad del querer —de índole emocional— y el movimiento de la libertad —campo de la voluntad—. Claro que el impulso del querer influye en la libertad, pero no le quita su función ni la reemplaza. En esto Pieper establece una diferencia notable tanto con los esquemas emotivistas como con los racionalistas.

La afirmación radical de la existencia del otro hasta los máximos extremos, tanto de palabra como de obra, abre la puerta a otros dos componentes antropológicos que, para Pieper, son parte imprescindible de la experiencia de amar y ser amados: el corazón —sede del querer— y la libertad.

El peso de mi amor me arrastra a lo que vale y si lo que vale es la propia existencia, me conduce a velar por ella y esto sólo puede hacerse desde el corazón. Estamos afirmando nada menos que para ser verdaderamente libres necesitamos de la experiencia del amor humano²⁶.

El amor resulta ser una *fuerza centrípeta* porque hace que el ser humano no solo fije su mirada en el otro sino también en sí mismo, preste atención a su propia existencia, lo que conduce directamente a una noción antropológica fundamental: el corazón. Pieper, siguiendo a Louis Lavelle, postula que la captación de los valores permite romper la indiferencia afectiva del ser humano y le da forma al amor. La base que

²⁶ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 550.

sustenta esta ruptura de límites y esta apertura es el corazón, no limitado a *núcleo afectivo*: Pieper entiende el corazón como algo más. Su visión no descarta que sea el origen de los movimientos afectivos, pero, más que nada, lo concibe como una fuerza centralizadora del amor, el centro de las decisiones personales. Como diría Marisa Mosto, para Pieper el amor “conduce al yo del ser amado a su centro, lo ubica en el corazón para que pueda, desde allí, ejercer su libertad. (...) Si mi vida es valiosa, me siento atraído irresistiblemente a hacerme cargo de ella”²⁷. En sentido contrario, en la medida en que el yo se aleja de su centro interior, de su corazón, el señorío sobre su conducta disminuye y el amor corre peligro.

Por otro lado, frente a este amor, el ser humano es, a la vez, sujeto activo —ama porque quiere— y pasivo —el amor le sobreviene como un hechizo—. Así, el amor es, al mismo tiempo, una conmoción que tiende a hacer que un sujeto busque, posea y goce, y una actitud de entrega y donación. Pieper concluye que el amor nos mueve a una inclinación hacia Dios, hacia las demás personas y hacia los bienes de la vida. Amar es, también, elegir.

Toda elección implica aceptación, compromiso y renuncia. Aceptación y compromiso con lo elegido y renuncia a todo lo demás. Para elegir amar bien es necesario un discernimiento personal armónico que genere una *preferencia*: tratar al otro como alguien excepcional y ser tratado por el amante de la misma manera. Preferir a una persona en el amor no aísla: si es vivido a fondo, tiñe y amplía toda la experiencia de la realidad.

Precisamente ese amor dedicado a una única persona con exclusión de todas las demás, que nos llena hasta los bordes y que parece que no deja espacio para ningún otro amor, es el que hace posible la universalidad de una afirmación que hace decir al amante: “¡Qué maravilloso es el mundo!”²⁸.

²⁷ Marisa MOSTO, “Aprobación creadora: un aspecto de la dimensión social del bien de la persona”, *Sapientia* 59/216 (2004) 461-468, aquí 463.

²⁸ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 558.

4.3. Ser en el amor (confirmación)

Amar implica necesariamente ser amante y ser amado. Más allá de la *intencionalidad del amante*, hay que considerar igualmente al amado. Saberse amado es fundamental para la existencia del ser personal. Desde el vientre materno así lo experimenta todo ser humano. Para el niño, incluso antes de nacer, “el ser amado por su madre es rigurosamente la condición indispensable de su crecimiento”²⁹.

En este punto, resulta interesante cómo Pieper relaciona su aproximación al amor con la teoría del apego —aludiendo a las investigaciones de René Spitz, quien recién comenzaba a difundir sus ideas—. Una lectura atenta de este desarrollo no puede dejar indiferente a ningún psicólogo ante los fundamentos antropológicos del apego, ni a ningún filósofo ante las consecuencias psicológicas de una adecuada reacción al amor. Es que, para Pieper, que el amor esté inserto en el contexto de las virtudes no excluye sus otras dimensiones.

Ahora bien, al ver el enfoque pieperiano, queda claro que, en el contexto del amor, la teoría del apego es mucho más que un recurso psicológico: se fundamenta en una metafísica.

Solo por la “configuración en el amor” que viene de otro consigue el ser humano existir del todo, sentirse en el mundo arropado dentro de su verdad. Y, sobre todo, la capacidad misma de amar, en la cual recibe la humana existencia su más alta sublimación, supone experimentar en sí la vivencia de ser amado por otro³⁰.

Muchos autores definen este fenómeno como la *confirmación del ser en el amor*. Pieper menciona, por ejemplo, la propuesta de Erich Fromm³¹. Pero también se encuentra este concepto en el pensamiento de Karol Wojtyła, fraguado en Polonia en la misma época en que Pieper cristalizaba sus reflexiones en Alemania. Wojtyła utiliza el término *afirmación*.

Así que, en toda situación en que sentimos los valores sexuales de una persona, el amor exige su integración en el valor de la persona,

²⁹ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 527.

³⁰ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 529.

³¹ Cf. Erich FROMM, *El arte de amar*, Buenos Aires, Paidós, 1974.

incluso su subordinación a este valor. Y en esto es en lo que se manifiesta el principal rasgo moral del amor: éste es afirmación de la persona o no es amor³².

Saberse querido es una nota esencial del amor, la manera en que la persona recibe “el aliento y la confirmación de la propia existencia”³³. Pieper, citando a Sartre, comprueba que el amor hace que la persona humana sienta justificado su ser y allí reside, precisamente, la fuente de alegría del amor.

Cada uno potencia la vida del amado al amarlo y al afirmar: “¡qué bueno que existas!”. El hueco del otro en el mundo lo crea el amador y el amado se despliega si tiene ese hueco, porque el universo es mudo sin la existencia personal. Por sí mismos, el universo y la naturaleza tienden al anonimato. Solo el acto creador del amante, “qué bueno que existas”, saca al ser humano del anonimato y lo acerca a su propio yo. Es que el ser amado impacta en la experiencia de la existencia.

Negar el amor es ir en contra de la integridad humana. Cuando el ser humano no es amado, no encuentra sentido, pierde la idea de sí mismo y se vuelve agresivo con el mundo o contra sí mismo. Si una persona no es amada, su conexión con la existencia se debilita. Al ser humano no le basta existir; necesita ser confirmado. Sin la confirmación explícita, incluso la propia existencia está en cuestión. Es una falta de conexión, cada vez más frecuente, que puede estar en la base de la explicación del aumento de los suicidios y, en general, de la actual expansión de la depresión y la ansiedad.

Siguiendo a Pieper, podría decirse que, al haber menos amor, hay menos confirmación de la propia existencia y de la experiencia vital de que “a mí me merece la pena” existir. La existencia sola, desnuda, no alcanza; es pobre. Los humanos somos seres de sentido y sin el sentido más radical que nos da la confirmación en el amor, la existencia se vuelve una carga. Por eso, no basta con reconocernos explícitamente el derecho a existir; es necesario que se nos diga: “Qué bueno que existes”. Entender que la falta de amor mata el sentido de la existencia

³² Karol WOJTYŁA, *Amor y Responsabilidad*, Madrid, Palabra, 2008, 133.

³³ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 534

es una manera de conectar los actuales problemas de salud mental con la forma en que Pieper explica el amor.

Para Pieper, la actitud más contraria al amor no sería el odio sino la indiferencia. Para comprender su aproximación es bueno que consideremos que cuatro son las posibles actitudes de una persona respecto a otra: a) la indiferencia —“*me da igual que existas, eres invisible*”—, la actitud más contraria al amor; b) el odio —“*quiero que no existas*”—, hay un deseo de que el otro pierda la existencia, pero, al menos, se lo ve, no es invisible; c) el reconocimiento del otro como sujeto de derechos —“*tienes derecho a existir*”—, este sería el movimiento más elemental del amor, uno básico, pero no suficiente; d) la afirmación/confir-mación de la persona —“*qué bueno que existas*”—. Es evidente que solo este último es realmente adecuado para la persona y le sirve para su plenitud y florecimiento: el amor auténtico. Solo la afirmación y la confirmación en el amor dan salud mental; los dos primeros —indiferencia y odio— son destructivos; el tercero —el reconocimiento de derechos— es insuficiente.

4.4. Benevolencia: elección de amar bien

Otro concepto que Pieper relaciona con el amor es la benevolencia. Por la benevolencia, quien ama quiere el bien de la persona. Dos raíces integran esta palabra: bien y voluntad. Del latín *benevolens*, se compone de *bene* (bueno) y *volo* (querer). Pieper, además, resalta que, para que la benevolencia, con su querer el bien y hacerlo, se convierta en amor, también hace falta la *unión afectiva*. Y aquí reside una de las notas más características del planteamiento pieperiano. La relación entre lo bueno y su puesta en práctica muestra que el amor es una decisión consciente de la persona. No es algo que solo se perciba como bueno; el amor llama a la realización, a la puesta en práctica. La persona no solo es capaz de discernir el bien de su actuación mediante su inteligencia, sino que, al amar, realiza esa actuación buena y pone en juego su voluntad.

Si amar bien se tratara de algo simple y espontáneo, todo ser humano lo haría sin problema alguno ni mayor complicación. Acostumbrados hoy en día a tener todo a un clic de distancia en las pantallas, la tentación es trasladar esa misma lógica

a las relaciones humanas. Sin embargo, la vida y el encuentro personal llevan su tiempo y se desarrollan por etapas. Una de esas primeras etapas o momentos tiene que ver con el descubrimiento del amado, lo que mueve a la elección personal de amarle bien.

Amar conlleva *elegir*; implica una firme decisión, compromiso y esfuerzo. También una renuncia y dejación. El amor no es todo el tiempo cómodo ni *facilón*, categorías asociadas al bienestar. La experiencia de amar no puede excluir el dolor y el sacrificio, tanto si amamos como si somos amados. “Ningún buen amante puede consentir que la persona amada prefiera lo cómodo a lo bueno”³⁴. Para Pieper, es fundamental la relación del amor con el bien y, por tanto, con la verdad antes que con la comodidad, lo cual tiene consecuencias fundamentales para la salud de las relaciones de amor.

Amar implica afirmar a toda la persona: sus fortalezas y cualidades, así como sus defectos y debilidades. El bienestar, como valor, no puede buscarse a toda costa, como si fuera sinónimo de amor. “«Amar a una persona» no quiere decir desearle que viva sin aflicción, sino que realmente esté en el bien y en la verdad”³⁵. En el amor benevolente se vive la elección constante de procurar el bien que la propia existencia llama a realizar en un auténtico encuentro con el otro.

En contraste con la idea actual —que a menudo confunde el amor con un sentimiento emparentado con el de bienestar—, Pieper sostiene que el amor es mucho más profundo. Una persona que ama no duda en aceptar ciertas dosis de malestar con tal de conectar con el verdadero bien, especialmente cuando evitar esas molestias implica desviarse del bien.

Pensar el amor desde coordenadas más allá del bienestar abre la experiencia amorosa a la aceptación plena de la persona del otro. Pero para lograr una visión integral de la persona amada que abarque lo agradable y lo desagradable, lo bueno e incluso lo malo, es necesario agregar una variable adicional: la diferencia entre disculpar y perdonar. Para Pieper, no es lo mismo “exonerar de la culpa” —es decir, disculpar, hacer

³⁴ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 544.

³⁵ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 547.

como que la culpa no existe, una actitud que podría originarse en la indiferencia— que “perdonar la culpa”, la actitud de quien reconoce que una persona ha cometido un mal y, a pesar de ello, la perdona. Al perdonar, el ser humano se hace capaz de acoger a la persona entera del otro, que es humana como él, que se equivoca y puede mejorar.

Pieper señala que el amor nos transforma interiormente al abrir el espacio ontológico para el perdón, la alegría y la felicidad (incluida la unión) y el amor activo. En el contexto cristiano de Pieper, ese amor —y con él la felicidad y la alegría— es un don, aunque el don debe ser aceptado y recibido libremente³⁶.

Mucho le cuesta al ser humano elegir amar bien. Muchas veces, para el hombre actual, lo más sencillo es ignorar la grandeza del amor y sus altas posibilidades de crecimiento cuando ello implica aceptar una realidad incómoda. Amar bien conlleva implicarse y donarse; es un esfuerzo constante y creciente en la búsqueda del bien del otro, algo que solo puede encarnarse con una actitud de benevolencia.

4.5. Unidad de la persona en el amor: *eros* y *ágape*

Eros y ágape han sido, tal vez, la dupla más constante a lo largo de la historia para definir los tipos de amor. Además, en muchas ocasiones se han visto estas dos manifestaciones amorosas separadas de manera excluyente. *Eros* sería el amor ascendente, que *reclama para sí*, busca satisfacerse en el amado, obtener algo de él. Sería el movimiento egocéntrico y demandante del amor y, por tanto, más mezquino, menos noble. Adicionalmente, a lo erótico se lo ha asociado con lo sexual, con lo sensual/sensitivo, con esa parte corpórea que se mueve en busca de la plena satisfacción personal en la obtención del otro. El *eros* no saca al sujeto de sí, sino que, más bien, trae hacia sí al amado con un rasgo de necesidad individual.

En contrapartida, el *ágape* sería el amor de donación, el de generosidad. El *ágape* sería el amor noble, desinteresado, que busca exclusivamente el bien del amado y encuentra su

³⁶ REHMAN, “Love as Divine Gift in Kierkegaard and Pieper”, 116.

plenitud en esa felicidad. Es todo generosidad. Es el amor que suele asociarse con la frase: *"Hay más alegría en dar que en recibir"* (Hch 20,35). Se entiende el ágape como un amor descendente; por eso, sería el amor propio de Dios, que, como es perfecto, no necesita poseer a nadie para ser feliz, por lo que toda su actividad es donación. En contraste, el *eros* sería el amor del ser humano, contaminado por su tendencia a poseer.

Esta división ha llevado a muchos cristianos a creer que vivir el amor de Dios y a Dios es un esfuerzo permanente para liberarse del *eros* y encarnar el ágape, para *"amar como Dios ama"* y *"amar como Dios merece ser amado: con un desinterés absoluto"*. Pero Pieper, dando por buenas las líneas generales de la diferencia entre *eros* y ágape, adjudica a Anders Nygren y a Carl Barth una deformación de ambos conceptos que aún persiste hoy.

El pensamiento pieperiano, posiblemente un tanto disruptivo para su época en los círculos católicos, era que en el ser humano no puede haber ágape sin algo de *eros* y que el *eros*, para alcanzar su plenitud, tiene que tener algo de ágape —y que, además, puede hacerlo: el *eros* puede tener ágape sin dejar de ser *eros*—. Para que la persona humana y el amor caminen juntos, es necesario comprender primero la relación armónica entre *eros* y ágape.

La visión casi maniquea que se tenía a mediados del siglo XX sobre el *eros* y el ágape como antagonistas no ha hecho otra cosa que terminar en posiciones extremas sin matices: considerar que el *eros* es un amor totalmente egoísta, contrapuesto al ágape, que, a su vez, es un amor entregado, noble, que implica la total negación del *eros*. Como sea, en la mayoría de los casos, el *eros* fue relegado y despreciado. Pieper denuncia el error sutil que subyace a esta contraposición y destaca la presencia fundamental del *eros* en todo amor humano. Llega incluso a identificar al *eros* como la más pura esencia amorosa humana y apunta a la comprensión integral de la naturaleza humana. Citando a C.S. Lewis, se anima a afirmar:

Mientras existe el Eros, éste hace que se realice la más pura esencia del amor. Jamás se dice con tanto corazón, siendo y haciendo tan feliz, y sobre todo con tanta libertad de todo componente ajeno, aquel "¡maravilloso es que existas!" [...] La plena y limpiísima afirmación amorosa se realiza únicamente en el amor erótico. Y en ninguna

otra experiencia se siente tan hondamente el carácter de regalo que tiene no sólo el ser amado, sino también el amar y el poder amar³⁷.

En sintonía con lo manifestado por Pieper, el pensamiento de Benedicto XVI hace notar que resaltar el amor humano no implica rechazar el *eros*, más bien se trata de que la persona viva un sentido de unidad: “El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del *eros* puede considerarse superado cuando se logra esta unificación”³⁸. El Papa alemán invita a repensar la unidad presente en *eros* y *ágape*, algo que Pieper ya había planteado 35 años antes:

En realidad, *eros* y *ágape* —amor ascendente y amor descendente— nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el *eros* inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará “ser para” el otro. Así, el momento del *ágape* se inserta en el *eros* inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don³⁹.

Tanto Pieper como Benedicto XVI parten de una comprensión muy lúcida de la unidad personal y muestran que nada puede excluirse ni negarse. El *eros* no es indigno del hombre, al contrario, manifiesta una parte fundamental de su más pura esencia personal:

Quien considere al *Eros* como una fuerza mediadora; quien una en el hombre lo más bajo con lo más alto, lo natural y sensual con lo ético y espiritual; quien intente impedir que una de estas cosas se aísle de la otra y, sobre todo, atribuya a *todas* las formas de amor,

³⁷ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 622.

³⁸ BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 18: AAS 98 (2006), n. 5.

³⁹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 7.

desde el sexual hasta el de Ágape, la cualidad de verdaderamente humanas, está ya diciendo que ninguno de esos elementos puede excluirse como si fuera algo indigno del hombre, sino que más bien “todo eso debe estar unido”⁴⁰.

La visión pieperiana de *eros* y *ágape* hace de su pensamiento una referencia ineludible para comprender mejor las dinámicas de la sexualidad. Fundamenta una salida de un puritanismo que, revestido de buenas intenciones, establece una división artificial y no humana de dos dimensiones que en el matrimonio encuentran su unidad, plenitud y coherencia. No es una salida relativista o amoral, sino profundamente antropológica —y, por tanto, ética— que permite comprender tanto los elementos más propios del *eros* y del *ágape* como esa zona en la que las personas reales comparten vivencias reales con ambos ingredientes. El mensaje de la sexualidad resulta más humano, más lógico, más refrescante a partir de este análisis. Tal vez como en ningún otro pasaje brilla en este apartado el concepto de virtud, aunque eso pueda sonar contrafáctico para alguna mentalidad de la época en que el opúsculo fue escrito.

4.6. Amor indigente y felicidad de amar

Si las tesis reductivas de Nygren y Barth fueran ciertas, el amor exclusivamente de *ágape* sería un amor supuestamente puro que acercaría al ser humano a Dios sin necesitar nada de Él. Pero esto no se sostiene en la realidad de lo humano. En la armónica integración de *eros* y *ágape*, Pieper ve reflejada la condición menesterosa del ser humano, condición necesaria de todo amor. Él lo llama “amor indigente” y “sanamente egoísta” —“Need-love”, citando a C.S. Lewis⁴¹—, que tiende a la propia realización y que “es el principio y núcleo de todo nuestro amor”⁴².

Paradójicamente, es el amor indigente el que saca al ser humano de sí mismo y lo mueve a buscar el amor consumado en

⁴⁰ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 627.

⁴¹ Cf. Clive Staples LEWIS, *The Four Loves*, Quebec, Horizon Ridge Publishing, 2024.

⁴² PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 582.

la relación con el amado. Reconocer esta condición menesterosa es lo que mejor explica el movimiento de salida hacia el otro. Si el ser humano no se siente necesitado, no tiene explicación suficiente el hecho de que salga de sí mismo en busca del *otro*. Y es precisamente cuando sale de sí que encuentra la felicidad.

Pieper aquí combina dos elementos antropológicos clásicos: la conciencia de ser incompletos y necesitados, y la aspiración a la felicidad. En la falta de plenitud natural no está la felicidad; por eso, la persona tiene que salir a buscarla en el *otro* mediante el amor consumado. No cualquier amor puede satisfacer esta falta de plenitud, pero es precisamente ella la que mueve al ser humano a salir de sí mismo y buscarla fuera, en la relación *yo-tú*. Es por ello que Pieper considera al *eros* un impulso radicalmente natural que acompaña a la creaturalidad y es la condición para que el ser humano se mueva a amar —y abandone su posición de egoísmo—.

La salida de sí mismo del ser humano nunca puede ser inmotivada, sin una necesidad, sin una búsqueda de algo, como la que se puede adjudicar a los dioses que no necesitan nada y salen, por pura generosidad, a amar a los hombres. El ser humano sale de sí por esta necesidad creatural, y de allí que su salida tenga la calidez de la afectividad y la humildad del querer y necesitar algo del otro, y no la frialdad de un ser superior que solo está “dando”. Por eso, Pieper sostiene que el amor humano no es soberano, ya que una soberanía en este terreno implicaría ser frío, autosuficiente y vertical. En el fondo, un amor soberano no necesitaría realmente al otro ni encontraría en él su satisfacción. Más bien podría prescindir del otro para realizarse.

Y, yendo un paso más allá, el otro podría ser un estorbo. A la idea de Sartre de que “el infierno son los demás”⁴³ se puede llegar de varias maneras. Uno de esos caminos sería la vía de un supuesto amor de *ágape* sin carga de *eros*, un amor soberano, un amor que no parte de la indigencia: “*si yo no necesito nada de ti y te amo solo como producto de mi don generoso y absolutamente desinteresado, en un momento me puedo cansar de ti y, poco a poco, ir prescindiendo del tú real que eres*”. En otras

⁴³ Jean-Paul SARTRE, *A puerta cerrada*, Ciudad de México, Éxodo, 2024, 63.

palabras, para Pieper, un amor absolutamente autogenerado y autónomo no es humano. Ahora bien, si el ser humano se reconoce menesteroso del otro, queda más claro que su felicidad depende de que ese otro sea feliz y entonces la lógica relación entre amor y felicidad queda completa.

Con esta condición de salida de sí que aúna los elementos de amor indigente y felicidad, Pieper está en condiciones de profundizar en esas dos realidades profundamente relacionadas y totalmente interdependientes.

El contenido fundamental de que el amor no solo tiene como fruto natural *la alegría* y la satisfacción, sino que también toda felicidad del hombre, a la que infaliblemente tendemos sin egoísmos de baja calidad y, por tanto, también sin mala conciencia, es, en el fondo, *la felicidad del amor*; llámese Eros o *caritas*, Ágape, si se quiere, y sea dirigido al amigo, a la amada, al hijo, al prójimo o al mismo Dios⁴⁴.

La felicidad *de, en y por* el amor es la base firme de su propuesta. El ser humano se alegra cuando ama. El común denominador vital de fondo es el amor, pues es condición para la alegría en la interdependencia de la vida de los que aman dentro de la totalidad. Para Pieper, el amor y la alegría no son dos emociones separadas ni excitaciones psicológicas, sino una reacción consciente ante la realidad de dos personas que se sienten hechas la una para la otra y que son *buenas* una para la otra. Entonces, la totalidad se registra no solo en el ser amado, sino también en el amar mismo.

El autor refuerza esta idea al señalar que “puede darse amor sin dolor y sin amargura; en cambio, *no* puede darse amor sin alegría. (...) hasta el amante desgraciado es más feliz que el que no puede amar”⁴⁵. Alegría y amor se pertenecen mutuamente. Martín-Miguel Rubio, desde la mirada de la filosofía, explica la aproximación de Pieper:

La alegría del amor deriva de que la cosa en sí es moralmente buena y maravillosa. Estamos alegres cuando amamos porque sabemos que nos movemos en el ámbito del bien. Y a pesar de lo vulnerables que nos hace todo amor verdadero a estar abiertos al sufrimiento, la

⁴⁴ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 585.

⁴⁵ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 591.

apuesta por amar siempre merece la pena; es lo que más merece la pena en el mundo, lo más importante⁴⁶.

“¡Bueno es que existas!”. Bueno, ¿para quién? Se pregunta Pieper con el propósito de resaltar el carácter centrífugo del amor que nos llena de alegría. Un amor no se cierra en sí mismo, al contrario, está llamado a salir de sí y lo que busca realmente es la felicidad y plenitud a la que cada persona está llamada:

Parece que hay una diferencia clara entre que yo desee que la otra persona exista *por mí*, porque yo, por ejemplo, la necesito, y que se lo desee *por ella misma*, porque quisiera verla feliz y que llegara a la plenitud a la que está destinada⁴⁷.

La diferencia sustancial entre la cosa y la persona es que a la primera se la usa y a la segunda se la ama. Cuando se invierten estas relaciones y se pretende usar a la persona y amar las cosas, el hombre termina viviendo situaciones que atentan contra la dignidad humana. La persona y el amor caminan siempre juntos. La relación, el encuentro interpersonal, ocupa el centro de toda actividad humana. En este sentido, el abordaje pieperiano recuerda a la norma personalista de Karol Wojtyła: “La persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y valedera”⁴⁸.

Y esta *felicidad personal* no se agota aquí, sino que conlleva igualmente un sentido trascendente y propio del ser personal. La persona humana tiende a la felicidad desde ese *amor propio* porque su propia persona la llama a salir de sí misma y así se realiza. El amor obra en el ser humano de manera centrífuga y no centrípeta. Es cuando Pieper analiza la realidad del *amor propio*. El autor encuentra a grandes maestros antiguos que lo han hecho antes que él⁴⁹. El sentido del *amor propio* proviene, ante todo, de la consciencia de que somos personas: “como

⁴⁶ RUBIO ESTEBAN, *El amor en Joseph Pieper*.

⁴⁷ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 565.

⁴⁸ WOJTYŁA, *Amor y Responsabilidad*, 38.

⁴⁹ Por ejemplo, hace referencia a pensamientos de Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, 9,4, 1166 a.), santo Tomás de Aquino (*Summa Theologiae*, I-II, 2, 7 ad 2) y san Agustín (*Serm.* 368, Migne, PL 39, 1655).

seres que tienen en sí mismos la justificación de su propia existencia”⁵⁰. Por lo tanto, este amor también está guiado por la mirada al otro como persona en sí misma. En otras palabras, el amor propio no puede ser un movimiento de egoísmo sino de total apertura.

La alegría y la felicidad no se encuentran solo para uno mismo. La persona se alegra de que el amado sea quien es, quien está llamado a ser. Anhela profundamente su bien, su plenitud y su felicidad. Se alegra con el otro; se alegra por el otro. Así se entiende que eros no es egoísmo y que el *ágape* humano no puede ser frialdad.

Además de que amar es amar a alguien, Pieper habla también del *amor propio* y el *desprendimiento* desde una perspectiva que va más allá del individualismo egoísta; finalmente, llama a comprender el paso del *amor a sí mismo* al *amor desprendido* o *desinteresado*. Una línea muy delgada lo separa, pues, puede ser a veces casi imposible decir dónde termina la felicidad propia y donde empieza la del otro. Así Pieper refuerza que:

Es verdad que la alegría y la felicidad es el resultado de haber conseguido lo que amamos, y si el amar, como simple afirmación de algo que anhelamos, es algo ya amado en sí mismo, tiene que ser también verdad que nuestras ansias tienen que poder ser saciadas por esa afirmación dirigida al otro, por ese amor desprendido que no piensa en sí mismo, y que, como dice Goethe, “la verdadera felicidad solo puede consistir en la participación comunicativa”⁵¹.

Como otras dualidades falsamente divididas, para Pieper el amor propio y el amor desprendido apuntan a la armonía, a la unidad de la persona. Más allá de separarlos, se trata de reconocer el valor de su integración en el ser personal.

⁵⁰ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 601-602.

⁵¹ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 605.

4.7. El amor es un regalo esencial, continuación y perfeccionamiento de lo creado

Para Pieper, el amor humano no proviene tan solo de sí mismo. Existe una realidad que le precede y le unifica. Como señala Rehman: “Para Pieper, el amor que experimentamos va más allá de nosotros mismos. De este modo, nuestro amor es una semejanza o modelo del acto original de la creación, cuando, *ex nihilo*, Dios creó el mundo”⁵². El propio Pieper, rescatando el sentido creatural del ser humano y, por tanto, de su amor, escribió: “Fue Dios quien, en el acto de la creación, anticipándose a todo amor humano imaginable, dijo: «Yo quiero que seas; es bueno, ‘muy bueno’ que existas» (Gen 1,31)”⁵³. El amor humano no puede ser una mera repetición de ese amor de Dios, pero, al mismo tiempo, “es también una continuación, un perfeccionamiento de lo que se empezó en la creación”⁵⁴. Más allá de una imitación, es una puesta en práctica de quienes, creados a imagen y semejanza divina, deciden amarse.

El “amor” incluye siempre un ordenamiento intrínseco recíproco entre amante y amado, y que descansa sobre esa destinación. Dicho con otras palabras, que nadie puede amar una cosa o a una persona si el mundo, en un determinado sentido difícil de expresar en palabras, no fuera *una única* realidad y no pudiera ser vivido como algo fundamentalmente unitario⁵⁵.

El amor vuelve a unir —reunifica— el mundo porque el amor mismo es algo que ya teníamos inscrito dentro y que pedía a gritos salir, dinamizarse, ponerse en práctica, encontrarse.

Esta noción del amor está constantemente presente en Pieper y se relaciona con la acepción del amor como un regalo esencial. Una idea que toma de Tomás de Aquino y con la cual da inicio a su monográfico sobre el amor. Dice así: “El amor es

⁵² REHMAN, “Love as Divine Gift in Kierkegaard and Pieper”, 112.

⁵³ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 522

⁵⁴ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 523

⁵⁵ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 508.

el regalo esencial. Todo lo demás que se nos da sin merecerlo se convierte en regalo en virtud del amor”⁵⁶.

A lo largo de su obra, Pieper refuerza constantemente esta idea; por ejemplo, menciona que “...al amar no somos en exclusiva, ni quizá primariamente, sujetos activos. El amor es, y quizá más que nada, algo que nos sobreviene”⁵⁷. El amor es un don, algo que nos viene dado. Y a partir de ese don es que nosotros amamos. El amor es el regalo por excelencia; es el regalo *esencial*.

“¡Qué maravilla que tú existas!” conecta con la intimidad más profunda, con el corazón, según Pieper. Pero también es creativo. No es solo recibir el ser sino también darlo a otros. Mientras ama, el amante sostiene creativamente al amado en el ser y en el hacer. El amor en sí mismo está llamado a la eternidad. El verdadero amor no termina, no concluye en un momento dado, al contrario, crece y plenifica al ser personal que se descubre esencialmente como un ser desde, con y para el amor. La persona se da cuenta de que es capaz de un amor infinito.

El autor alemán da cuenta de un sentido trascendente del amor que apunta más allá de un tiempo y espacio determinados y que, al mismo tiempo, nos precede:

La afirmación fundamental que se repite idéntica en todo amor verdadero, como ya dijimos al principio de este estudio, es por su misma naturaleza, sea que los amantes tengan de ello conciencia o no, una reproducción de algo que les ha precedido, una repetición del acto creacional divino, en virtud del cual no solo “existe y es bueno” e incluso digno de amor ese ser humano que encontré en mi camino, que responde a mis preferencias y “que está hecho para mí”, sino también *todo* lo que existe⁵⁸.

Cobra sentido aquella expresión de los amantes que se dicen “*eres mi todo*”, pero, en el fondo, lo que el texto quiere transmitir es esta idea de trascendencia que Pieper nos comunica: un amor que nos antecede y nos llama desde la eternidad.

A esta altura Pieper vislumbra tres puntos clave para redondear su aproximación al amor. El primero tiene que ver con

⁵⁶ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 489. Cf. *Summa Theologiae*, I, q.38, a.2.

⁵⁷ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 500.

⁵⁸ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 645.

la afirmación creativa fundamental de lo que existe. El segundo tiene que ver con hacer consciente ese acto de reproducción que tiene lugar en el amor humano. Es decir, que la persona humana se dé cuenta de que, al amar algo amable, por reflejo está acogiendo y continuando la afirmación universal primaria de la que brota la creación misma y “por la que todo es «querido por Dios», y por eso mismo, bueno»”⁵⁹. Y el tercero consiste en ser conscientes de que el amor proviene del *Primer Amante*, es decir, de Dios. Y, en clave de cristianismo, que es desde donde finalmente Pieper hace filosofía, se puede decir que el ser humano *está en el amor* y que, por tanto, ama por Amor a Cristo.

5. REFLEXIÓN Y SÍNTESIS SOBRE ALGUNAS IDEAS DE PIEPER SOBRE EL AMOR

Con el recorrido realizado hasta este punto, ahora se puede acotar una especie de síntesis provisional en un marco relacional de las nociones presentadas. Decíamos desde el inicio que no es posible dar una definición unívoca del amor según Pieper; más bien, nuestro propósito ha sido integrar las nociones generales presentes en su propuesta; es decir, armonizar las partes en orden al todo. En otras palabras, mostrar un sentido de unidad entre las características presentadas que, como señala Rehman, son muchas veces más fenomenológicas que metafísicas, aunque, por la forma de filosofar de Pieper, ambos métodos están intrínsecamente enlazados.

Tampoco se ha buscado reflejar todos los matices que la obra pieperiana presenta en torno al amor. Como también mencionamos al inicio del artículo, el pensamiento de Pieper se puede leer en muchos niveles: a manera propedéutica, ya que “se le entiende muy bien”, incluso sin profundizar demasiado, pero también desmenuzando cada componente metafísico y fenomenológico, mucho más rico de lo que parece a primera vista. En este último sentido, llegar con el alemán a todos los rincones de su pensamiento implicaría un texto más

⁵⁹ PIEPER, *Las Virtudes fundamentales*, 647.

extenso y rico que esta aproximación, y que queda pendiente para futuras publicaciones.

Sin embargo, con lo esbozado aquí y a modo de simplificación, podemos afirmar que, para Piper, *amar* es una realidad compleja e incommensurable, que consiste en dar por buena a la persona del otro —aprobación y afirmación—. El amor es un regalo esencial, continuación y perfeccionamiento de lo *creado*, en el que amante y amador confirman su ser en el amor y, por tanto, eligen amarse bien y anhelan su trascendencia para que el otro sea feliz, alegre y pleno para toda la vida. En este movimiento *eros* y *ágape* se encuentran en armonía; lo que empieza como un amor indigente —que acepta la limitación humana pero, al mismo tiempo, quiere superarla—, se proyecta en un amor entregado y total.

Esperamos que estas líneas contribuyan a una comprensión integral del amor, un concepto clave para el estudio de las humanidades. De alguna manera se puede resumir el pensamiento pieperiano sobre el amor en una frase: amar es decirle al otro: *“Qué bueno que existes; qué malo sería el universo si no existieras; haré todo lo posible para que existas siempre y seas feliz”*.